

» siempre hasta ahora, ejecutará una acción digna de ella y muy grata á V. M. bajo muchos conceptos ; haciéndole entender al mismo tiempo, que si continúa en su perversa opinión, será en todo y por todo abandonada por V. M., como persona indigna de pertenecer á la cristianísima sangre de Francia. No se maraville V. M. si le recuerdo reverentemente que se valga de palabras tan ásperas en la antedicha carta; pues habiendo yo, y todos los que han hablado á la mencionada señora, hallado en ella gran dureza y obstinación, ni aun así estoy seguro de que, á no interponer Dios su santa mediación, se deje persuadir y renuncie voluntariamente á las citadas herejías. De consiguiente, cuando V. M. se resuelva por las anteriores consideraciones á escribirla, le suplico que dé también comisión al referido monseñor de Lodeva para que la hable, en conformidad de lo que escribiere, con la energía que conviene á la importancia del negocio, en el cual se trata del honor de Dios, de la serenísima sangre de Francia y de mi casa. Es para mí, pues, tan urgente, como V. M. puede imaginar; y aseguro á V. M. que todo lo que á su bondad plazca hacer en esta buena y santa obra, lo recibiré como una gracia singularísima y será eterno mi agradecimiento.

» Concluyo, señor, rogando á Dios, después de recomendarle de nuevo á su benevolencia, que conceda á V. M. el logro de todos sus deseos. Ferrara, 27 de marzo de 1534.

» Muy humilde y obediente siervo y vasallo,

» EL DUQUE DE FERRARA. »

(S) pág. 277.

LOS VALDENSES.

El que saliendo de Turin se adelanta al Sudoeste con dirección á los Alpes Cocios, cuando llega á Pinerolo, ve abrirse ante su vista una serie de valles, comprendidos entre montes mas ó menos silvestres. El mas setentrional es el de Pragelá, llamado también del Cluson, gran torrente tributario del Pó, y á su extremidad se encuentra el valle de Perosa ó de San Martin. Al Occidente se interna el de Lucerna con el de Angrogna, que se divide en varias ramas: al Mediodía el de Rorá es el mas pequeño y elevado. Todos juntos constituyen los que se denominan Valle de los valdenses, ó de los protestantes del Piamonte, en la extensión de unas doce millas italianas de Levante á Poniente, y casi otras tantas de Mediodía á Norte.

Lucerna, ciudad principal, está situada á la desembocadura de un valle del mismo nombre, que por abajo conduce al Piamonte, y por arriba al trayecto del Col de la Cruz da entrada al Delfinado. Esta posición la constituyó de muy antiguo un tránsito importante de hombres y mercancías entre Italia y Francia. En el fondo serpea el Pellice, torrente á veces desastroso, no habiéndose olvidado aun los destrozos que causó á principios del siglo XVI, cuando invadió y destruyó tanta parte de la aldea. Al rededor hay llanos abundantes en pastos, laderas cultivadas con esmero, donde la vid, la morera, los cereales, las patatas se suceden hasta llegar á la cima, cubierta de castaños. De la leche de las vacas y ovejas se hace manteca y queso exquisito, las entrañas de la tierra suministran piedras y minerales; y los habitantes, valerosos un tiempo en la batalla, ahora que la guerra ha cesado ejercen su indomable industria en el cultivo del campo, en las manufacturas, ó en la caza y la pesca, con especialidad la de las truchas de sus torrentes. La hospitalidad propia de los países alpestres se ve allí reunida á las comodidades de los países civiliza-

dos; hay buenas casas y hermosas iglesias, y la numerosa población se ocupa en trabajos mecánicos, particularmente en hilar, tejer y estampar el algodón.

Los valles mas interiores presentan escenas austeras, nieves uniformes, terribles aludes que á menudo sepultan al que osa arrostrar el peligro de tales pasos. Cuando la tardía primavera sonríe á aquellos lugares, los pastores pueblan las alturas, y las zampoñas, los balidos y los mugidos resuenan en los cerrados valles y las rocas desnudas.

El dialecto que allí se habla es un italiano con mucha mezcla de frances; el traje el de los montañeses de aquella península; las costumbres propias de gente alejada del torpe incentivo de las ciudades, y tales como la imaginación se complace en figurárselas cuando se siente mas disgustada de la corrupción social. « Al leer (dice Bresse, *Histoire des vaudois*), las hermosas descripciones de la vida pastoril en poemas y novelas, muchos corazones sensibles se han dolido de no hallar en ningún punto los orígenes de tales retratos. Pero estos amigos de la inocencia y de la virtud podrán encontrar lo que en vano buscan en otra parte en el valle de San Martin. Allí hay pastorcillas tan amables é interesantes como las heroínas de novela. Que el lector imagine la virtud sin orgullo ni pretensiones, la gracia sin frivolidad, la amabilidad sin coquetería, y todo esto unido á un aire modesto, que parece aumentar aun la sencillez de su traje, y tendrá una idea de las heroínas valdenses. Si hubiera nacido poeta, las hubiera elegido por objeto de mi inspiración ó de mis cantos. »

No es nuestro objeto indagar aquí la historia de los Valles y de sus condes; memorias de lo pasado que carecen ya de interés, á no ser el que resulta del vínculo que parece unirnos perpetuamente á un país rico en recuerdos. Lo que contribuye á la fama de este valle es la residencia que hace seis siglos han establecido en él los valdenses; una de las cien sectas procreadas por la razón humana, cuando en lugar de someterse á la autoridad, se abroga el derecho de interpretar por sí sola los libros santos y la voluntad divina. La dialéctica, desmenuada por la escolástica en las universidades en apoyo del dogma católico, empezó á esgrimir sus armas contra este en el siglo XII y á infundir la presunción del poder individual; de modo que la virtud y la verdad se redujeron á meras formas de raciocinio, y cada uno creía poder hacer y deshacer las religiones. Entonces la grande organización dogmática, por cuyo medio la Roma católica habia dominado á la edad média, experimentó un sacudimiento que le comunicó el genio crítico, y se inició una revolución, la cual mezclándose con la cuestión nacional, fué causa de la terrible guerra del Languedoc y de la execrable Inquisición.

Antes de resolverse de esta manera el gran litigio, se pretende que un tal Pedro de Bruys, saliendo de los Alpes á mediados del siglo XII, recorrió la Aquitania predicando contra el culto y los sacerdotes y haciendo discípulos, y que el viernes santo erigió en Saint-Gilles una pira de cruces, imágenes, altares, le prendió fuego y asó allí carnes que después daba á comer, con ultraje del mandamiento divino. Los habitantes, indignados de la profanación, le arrojaron á él también en la pira.

Pero las piras no destruyeron las opiniones: como campeón de estas se presentó Pedro Valdo, mercader de Lyon, el cual, contrito al ver morir de repente á un amigo suyo que acababa de pronunciar un juramento falso, se entregó á la oración, al ayuno, y á querer reformar el mundo. No predicaba dogmas abstrusos, sino al alcance de todas las inteligencias; reprobaba los juramentos, intimaba la pobreza, negaba á los magistrados el derecho de castigar con la muerte; sobre todo, atacaba la constitución externa de la Iglesia, suponiéndola desviada de la verdad, y

diciendo que debía restituirse su antigua sencillez; no mas lujo del culto, no mas riqueza de los sacerdotes, no mas poder temporal del papa, sino pobre humildad, como en los tiempos apostólicos. De aquí provino á sus secuaces el nombre de Pobres de Lyon ó Cataros, esto es, puros; y Bossuet confiesa que « cuando los valdenses se separaron de nosotros, tenían muy pocos dogmas contrarios á los nuestros, y quizá ninguno; » y estaban tan persuadidos de ello, que pidieron al pontífice el permiso de predicar.

Sin embargo, no tardaron en impugnar la autoridad pontificia, y en seguida el purgatorio, la invocación de los Santos, y otros dogmas fundamentales, y proclamaron la libertad de predicar como residente en los legos y en cualquiera que se sintiese inspirado.

Así lo dicen algunos; pero en un manuscrito de Cambridge, que parece ser del año 1100, esto es, setenta años anterior al jefe de secta, se encuentra ya en provenzal el nombre de los valdenses:

Que non volliá maudire, ni jurar, ni mentire,
Ni avourtar, ni ancire, ni prebre de l'antrui,
Ni venjar se de li si enemie,
Illi dison quel és vaudés, é degne de mourir.

Ni es fácil tampoco averiguar nada respecto de sus leyes, pues á los partidos que sucumben no hay injusticia ni necesidad que no se les atribuya. Y si recordamos la marcha ordinaria de los partidos, deberémos distinguir también en este dos clases de prosélitos: los unos moderados y de buena fe, que creían perjudicial á la pureza cristiana las exorbitantes riquezas de la Iglesia y el mezclarse los eclesiásticos en las cosas seculares, y que por tanto querían corregir la disciplina; los otros exagerados, que todo lo negaban, que lo subvertían todo, y que quizá adoptaban los errores de los maniqueos sobre sus dos principios, el uno causa del bien y el otro del mal. El papa Lucio III en 1181 condenó los errores de los valdenses; pero los discípulos se esparcieron por el Delfinado, la Provenza, el Languedoc. En Francia se les confundió á menudo con los albigenses, siendo perseguidos al mismo tiempo que estos; por lo cual, habiéndose retirado á los Alpes meridionales, muchos penetraron en los parajes elevados del marquesado de Saluzzo, y principalmente en este valle de la provincia de Pinerolo, por los años 1220. Entregándose allí á la agricultura y á la vida pastoril, desistieron de todo género de disputas dogmáticas, contentos con poder creer y adorar como querían. Disentían en tan pocos puntos de los Católicos, que se servían de los sacerdotes de estos cuando les faltaban los suyos, á los cuales llamaban *barbas*, es decir, tios, de donde provino el nombre de *barbetas*, con que se les designó. Aislados de las demas iglesias, no teniendo que disputar en defensa de sus creencias, cayeron en la ignorancia y el olvido de los preceptos divinos y eclesiásticos, mientras que pretendían haber conservado la pureza de la predicación evangélica. Carlos VIII se empeñó en perseguirlos; Inocencio VIII en 1487 exhortó á tomar las armas contra estos *aspides venenosos*; así, al aproximarse un ejército conducido por el legado, muchos abjuraron, y otros se refugiaron en los montes mas inaccesibles; pero Luis XII, habiendo enviado á adquirir noticias de ellos, exclamó: *Son mejores Cristianos que nosotros*.

Exceptuando estos momentáneos disturbios, vivían ignorados y tranquilos, hasta que Zwingle, Lutero y Calvino predicaron la Reforma en Suiza, Alemania y Francia. La fama de los innovadores llegó hasta los *barbetas*; estos escribieron á aquellos jefes informándoles de sus creencias y ritos, y se vió que usaban de la confesión auricular, que los ministros vivían célibes, y que algunas vírgenes hacían voto de perpetua castidad. No era, pues, cierto que estas fuesen

instituciones nuevas, como decían los luteranos; quienes se admiraban luego al oír que estos pretendidos conservadores del primitivo dogma católico parecían escandalizarse de la obra de Lutero *Sobre el libre albedrío*.

Pero los calvinistas encontraron en ellos mayor conformidad de enseñanza; y Farel, célebre ministro ginebrino, entró en tratos con los *barbetas*, que ó se convencieron ó adoptaron el calvinismo en 1536, aboliendo los sufragios por los difuntos, los ayunos, el sacrificio de la misa, todos los sacramentos, á excepción del bautismo y la cena, y creyeron en la predestinación, en la salvación por el medio solo de la fe, y en Cristo, como único intercesor entre Dios y los hombres.

Como los Católicos argüían á los reformados opinándoles su origen reciente, al paso que ellos descendían de los Apóstoles, sin interrupción, importaba mostrar que los valdenses eran antiquísimos, que custodiaban la verdadera tradición, corrompida en la Iglesia Romana, y que estaban de acuerdo en los dogmas con los calvinistas. Á esto se dirigieron muchos escritos de aquella época, los cuales, como sucede siempre en las disputas, alteraron la verdad, hasta el punto de ser difícil distinguir lo que poseían desde antes de lo que habían adoptado nuevamente.

Aquel movimiento arrancó á los valdenses de su tranquila oscuridad, y los envolvió en los disturbios de una época extremadamente recelosa; por lo cual los parlamentos de Turin y de Aix les aplicaron las penas impuestas á los herejes, á saber, la hoguera y la marca; y como maltratasen á los misioneros enviados para convertirlos, se decretó su exterminio, y se les condenó á perder hijos, bienes, libertad (1540). Á estas violentas medidas se opuso con calor Sadoletto, obispo de Carpentras; y el rey Francisco, cuando los vió mansos y que pagaban, les concedió tres meses para reconciliarse; pero Juan Meinier, baron de Appède, presidente del parlamento de Aix, indujo al rey á cumplir el edicto. Por tanto, una soldadesca furibunda dió principio el degüello en aquellos pacíficos valles; 4.000 fueron muertos, 800 condenados á galeras, y 22 aldeas quedaron destruidas.

Era el siglo de la intolerancia en todos los bandos, y se engaña el que cree que los innovadores predicaban la libertad de enseñanza y de creencia, siendo así que publicaron símbolos y confesiones, lanzando el anatema contra los que no creían en ellos. Y si aun hoy los que mas decantan su amor á la libertad se creen autorizados, por la pretendida profundidad de sus convicciones, á ostentar la mas incivil intolerancia, tanto mas debió ser entonces que se trataba del mas importante de los asuntos: de la salvación. Así, entre los que se mantenían fieles al *Credo* antiguo y los innovadores, no se disputaba sino sobre cuáles debían ser los degollados, si los Católicos ó los reformistas. Los Franceses se sintieron excitados por aquel furor, y el rey, al morir, recomendó á su hijo que castigase á los autores del crimen; pero quedaron impunes, gracias á la protección que se les dispensó.

Entretanto se habia ceñido la corona ducal de Saboya Manuel Filiberto, á cuya corte fué enviado el inquisidor Tomas Giacomelli para solicitar de él que sometiera á los valdenses, los cuales habian crecido en osadía al ver el incremento de sus hermanos de Suiza y Francia. En consecuencia, el duque prohibió, bajo penas graves, el ejercicio público del culto y los sermones de los *barbas*. Estos, irritados, apelaron á las armas, y el duque, temiendo que los Franceses acudieran en socorro de sus correligionarios, y se pusiese en peligro la independencia nacional, mandó allá ejércitos, que, en la difícil guerra de montaña, causaron y padecieron desastres indecibles. Al cabo, convencido Filiberto de la dificultad de obtener el triunfo, y de la inoportunidad de tales violencias, concedió á los valdenses el perdón, y un pacto bas-

tante lato (1561, 5 de junio), por el cual podían celebrar juntas y predicar en lugares determinados; pero sin pasar al otro lado del Pellice ni excluir los ritos de los Católicos.

Como acontece siempre, los valdenses repararon el Pellice poco á poco, se introdujeron en los valles de Susa y de Saluzzo, y cometieron profanaciones y delitos á que la historia da cabida con gran precaucion, sabedora de los absurdos y calumnias con que acostumbra hacerse la guerra los partidos. Los hechos, pues, ó las calumnias indujeron á Carlos Manuel II á rechazar á los barbetas y encerrarlos en los límites que se les habian designado; y como no quisiesen retirarse, el marques de Pianezza acampó en medio de ellos, é hizo ocupar sus casas. Se retiraron entonces á las mas altas cimas, y en el Pratto del Formo se fortificaron de tal modo que se denominó aquel punto *la Rocheta*, aludiendo á la fortaleza en que sus correligionarios se defendian en Francia (1633). Juan Léger, ministro en Parli y Rodoreto, los estimulaba, y describiendo y (así lo creemos) exagerando las persecuciones que sufrían, especialmente en la *Historia de las Iglesias evangélicas en los valles del Piemonte*, excitaba la indignacion de los protestantes de otros países. Añadió el atractivo de los dibujos de aquellos martirios, y Carlos Manuel pasó en Europa por un Neron. Los valdenses, amantes de su patria, como sucede á los que la tienen desgraciada, afirmados en sus creencias por lo mismo que las veían perseguidas, escribieron todos sus acontecimientos, el diario de sus fugas, de sus victorias, de su destierro, con aquella pasion que, si es cierto que disminuye la fe del lector en sus palabras, aumenta el interes, y que hasta en el día nos atrae, á pesar de la distancia de los tiempos y de no opinar como ellos. Ahora bien, ¿qué efecto no debía producir entonces, y mas entre correligionarios? Vinieron en abundancia exhortaciones de Holanda, Suiza, y en especial de Cromwel, el cual ofreció á los perseguidos un asilo y tierras en Irlanda. Por último, habiendo intercedido la Francia, se ajustó la paz en Turin (31 de julio de 1635), estipulando un perdon general y las mismas concesiones de ántes.

No está vencido el enemigo cuyas fuerzas quedan intactas: dentro de poco nuevos disturbios exigieron la marcha allí de nuevos ejércitos, y se reprodujeron las guerras, fomentadas por los muchos valdenses que se habian refugiado en Suiza, y que como todos los emigrados, conmovian la patria, guiados por el deseo de recobrarla.

Luis XIV revocó en aquel tiempo el edicto de Nantes, por el cual Enrique IV habia tolerado en Francia á los calvinistas, llamados allí hugonotes. Muchos fugitivos de aquel reino se acogieron en los valles subalpinos para librarse de la cárcel y de las dragonadas; por lo cual, el gran rey perseguidor pidió al duque de Saboya que expulsase á los refugiados, y extinguiese aquel foco de herejía y rebelion en las fronteras del Delphinado, acompañando su peticion con tropas para inducirle ó ayudarle. Amadeo II no creyó poder negarse á ello, y mandó en persona el ejército que debía acometer la empresa, quizá para que hubiese ménos derramamiento de sangre. Los barbetas, sabiendo, en virtud de una larga experiencia, que los montes son los baluartes de la libertad, degollaron y salaron el ganado, refugiándose en medio de los Alpes mas inaccesibles, mientras los fuertes se disponian á rechazar valerosamente las tropas. El que conociendo el poder del gran rey y el valor de Lesdiguières y de Catinat, encontrase difícil que un puñado de valdenses les resistiera con feliz éxito, mostraria ignorar de cuánto es capaz una nacion que defiende su patria y sus creencias, la importancia de la guerra de montaña, y sobre todo, las inaccesibles posiciones de Balsilla, de Serra la Cruel, y otras de los Alpes valdenses, donde dos personas pueden resistir á mil, y

las piedras sepultan la caballería y los cañones. Pero la disciplina del enemigo, y mucho mas el hambre, empeoraban cada día la situacion de los barbetas, que fueron muertos, enviados á las cárceles, á las galeras (1689), y muchos lograron refugiarse entre los Suizos.

Desde allí echaban ménos á su patria; y queriendo algunos recobrarla á viva fuerza, formaron una columna de nueve mil, que penetró en ella y exterminó cuanto se le oponia; pero muchos fueron cogidos y ahorcados. Por aquel tiempo el duque de Saboya se indispuso con la Francia, siendo esto causa de que consintiese en la vuelta de los barbetas; y estos, formando regimientos con la divisa: *La paciencia cansada se convierte en furor*, causaron graves daños al Delphinado. Cuando luego Victor Amadeo hizo la paz con Luis XIV, confirmó la antigua tolerancia; pero vedó todo trato entre los valdenses, súbditos suyos, y los de Francia, que en número de dos mil quinientos salieron entonces del Piemonte para ir á refugiarse en Suiza.

Los que quedaron han mantenido despues siempre en paz el valle de Lucerna y los contiguos de Angrogna, San Martin, Perosa, Roccapiatto, San Bartolomé, Prarostino, antiguos asilos de su libertad y creencias. En 1603 habian publicado su profesion de fe, conforme con las de las iglesias reformadas; la repitieron en el manifiesto de 1635, conservándola hasta hoy legalmente, si bien destrizada en parte por el racionalismo, y en parte por las exaltaciones de los mounniers. Actualmente poseen quince iglesias, cada una con un ministro, que debe ser súbdito sardo, pagado por los habitantes, los cuales obtienen, con tal motivo, una disminucion en las cargas públicas. Estas iglesias son dirigidas por un sinodo, que se reúne cada cinco años, y consta de todos los pastores y de diputados legos. La mesa, que es una magistratura compuesta de tres eclesiásticos y dos legos, dirige en los intervalos de un sinodo á otro, es reelegida en cada sinodo, resuelve las controversias, y reparte sus limosnas. Cada iglesia tiene ademas un consistorio propio, que se compone del pastor, de los ancianos, del economo y del procurador, y que cuida de la administracion espiritual y temporal, de las buenas costumbres, de los pobres, de las escuelas, que allí son muy concurridas, y cuya direccion es buena. Despues, en épocas determinadas, el ministro va á buscar las poblaciones aisladas en medio de los Alpes para llevarles el consuelo de la santa palabra. Entonces de todos los valles, de todas las cimas acuden los zagales en seguimiento del ministro; la melodia de los himnos despierta el eco de los valles, y se esperecen por las repobladas soledades las alabanzas del Señor y los salmos de la fe y el consuelo. El ministro tiene para cada individuo un consejo, una palabra alentadora, una reprehension; termina diferencias entre partes, une matrimonios, evita escándalos; y luego á todos juntos reparte desde el púlpito el pan de la palabra, y les recomienda vigilar, orar y permanecer fieles.

Los valdenses, dentro de sus confines, pueden poseer, y son ademas notarios, arquitectos, cirujanos, procuradores, boticarios, administradores del Comun, pero no fuera de allí.

Durante las grandes vicisitudes de principios del siglo permanecieron casi olvidados; pero en la Restauracion de 1814 se les molestó algo, como inclinados al partido de Napoleon. Los reyes de Prusia é Inglaterra les dispensaron su proteccion, y entonces muchos extranjeros se dirigieron á visitar los mencionados valles, escribiendo acerca de ellos ó para ellos: por ejemplo Peiran (*Notice sur l'état actuel des Eglises vandoises*, Paris, 1822), el cual sostiene que son contemporáneos del Cristianismo; Guillermo Estéban Gilly (*Narrative of an excursion to the mountains of Piemont in the year 1823, etc.*, Lon-

dres, 1826); Guillermo Jones, Lowthec, Acland y Mustou, el cual pretende que traen su origen de Leon, que se separó en el siglo IV del papa Silvestre, cuando este aceptó propiedades temporales de Constantino. Es una joya de arte tipográfico y calcográfico la obra de W. Beatté en inglés, titulada *Los Alpes valdenses pintorescos*, publicada en Lóndres en 1837, donde al paso que se describen los lugares, se cuenta punto por punto la historia de aquellos valientes, con toda la simpatía de un correligionario.

En sentido católico habló de ellos el obispo Le Pinerolo A. Charvaz en las *Recherches historiques de la véritable origine des vaudois, et sur le caractère de leurs doctrines primitives*, Paris, 1836, y en la *Guide du catecumène vaudois*. Id. 1840.

La intolerancia religiosa, excusable cuando dividian á la sociedad profundas convicciones, cuando los gobiernos se regian por la fe y la gracia de Dios, cuando todas las instituciones estaban moderadas por la religion, suprema maestra del género humano, es una anomalía en estos tiempos de pura razon, de cálculo, de antagonismos, en que los ánimos están invadidos por la herejía nueva y poderosísima de la indiferencia, con que los gobiernos proclaman el ateísmo de la ley. El catecismo de los valdenses inspira esa tolerancia que muchos no consideran sino como un gemido de los impotentes, pero que difunde la caridad cristiana y la benevolencia universal. « Nuestros historiadores (se dice allí) fueron perseguidos, y por lo mismo sus relatos respiran é inspiran odio contra los perseguidores. Hoy la memoria de aquellos padecimientos debe hacernos advertir únicamente la diferencia de las épocas, é inducir á los valdenses no solo á congratularse y bendecir por ello á Dios, sino tambien á mostrarse mas fieles á los reyes, y no ver en los demas súbditos católicos sino hermanos que los aman, y á quienes deben amar... Si nuestros príncipes nos han maltratado, el mal no procedía de ellos, sino de una causa superior á que era imposible resistir... Siempre que los duques de Saboya se dignaron oír las apologías presentadas por sus súbditos valdenses sobre algun edicto desfavorable, pareció que su religion habia sido sorprendida, ó que se habian visto obligados á pesar suyo, por motivos políticos, á maltratar á un pueblo notoriamente dócil á las leyes, valiente, morigerado, y sin mas culpa que perseverar en la fe evangélica, heredada de sus mayores. » Sigue la historia de las relaciones de los valdenses con los varios príncipes hasta Carlos Alberto.

Carlos Alberto vió que una parte de su pueblo no podia permanecer por mas tiempo excluida de los beneficios que prodigó al resto de los ciudadanos. « Tomando en consideracion la fidelidad y los buenos sentimientos de las poblaciones valdenses, » y como rey que espera las oportunidades, conoció que « habiendo cesado los motivos que habian sugerido aquellas restricciones, podia completarse el sistema progresivo adoptado en otro tiempo á favor de los mismos, » y resolvió con entero conocimiento y de buen grado « hacerlos partícipes de todas las ventajas conciliables con las máximas generales de su legislacion. » De consiguiente el 17 de febrero de 1848 decretó que « los valdenses fuesen admitidos á disfrutar de los mismos derechos civiles y políticos que los demas súbditos, á asistir á las escuelas dentro y fuera de la universidad, y á obtener los grados académicos; no haciéndose, sin embargo, innovacion alguna en cuanto al ejercicio de su culto y á las escuelas que ellos dirigen. » Se han quitado, pues, las barreras que impedían á los valdenses el goce de los derechos civiles y políticos, y la tolerancia, no como cualidad apática de un siglo incrédulo, sino como desarrollo de las virtudes cristianas, seguirá aproximándonos á la época prometida, en que, unidos todos por las creencias así como por las obras y por

el amor, nos encontremos juntos en un solo redil, y bajo un solo pastor.

(T) pág. 296.

PRISION DE DON CARLOS.

De la Biblioteca de Viena se sacaron hace poco los siguientes documentos:

Relacion de la prision del príncipe Don Carlos de Austria.

El sábado 27 volvió el rey del punto adonde se habia retirado, segun su costumbre, para pasar la fiesta de Navidad; tardó mas que los otros años, tanto como hay desde la Epifania hasta el día de San Antonio. El domingo siguiente, que fué el 28, hizo decir secretamente al conde de Lerma y á Don Miguel de Mendoza, camareros del príncipe, que dejasen abiertas á la noche siguiente las puertas que daban entrada á las habitaciones de aquel, y le tuviesen despierto. Mandó á Santoro y Bernate, sus ayudas de cámara, que tomasen clavos y martillos; despues, solo con ellos y cuatro individuos del consejo de Estado, que fueron el duque de Feria, el señor Ruy Gómez, el prior Don Antonio y Don Luis de Quesada, sin luz y sin armas, en traje de casa, á las once de la noche se dirigieron al cuarto del príncipe, que teniendo la espalda vuelta á la puerta, hablaba con los dos camareros. Antes que el príncipe notase la presencia de S. M., se apoderó el rey de la espada y el puñal que tenia á la cabecera de la cama y dió ambas cosas á Santoro. Turbado el príncipe, se puso de pié en la cama, y preguntó á su padre si venia á quitarle la vida ó la libertad. « Ni una ni otra, » contestó el rey; « tranquilizaos. » Despues mandó á los que habian traído los clavos y los martillos que clavasen las ventanas. Iba entonces el príncipe á arrojar al fuego, que ardia con abundancia en la habitacion; pero el prior Don Antonio le detuvo. Fué á apoderarse de ciertos candeleros, que tambien le quitaron, como asimismo los morillos de la chimenea y otros objetos semejantes. Entonces se echó á los piés de su padre, rogándole le matase. El rey con su moderacion acostumbrada le dijo y le repitió que estuviere tranquilo. Habiéndole hecho volver á la cama, mandó sacar de aquella habitacion todos los cofres y papeles escritos; entonces entregó la persona del príncipe á los cuatro referidos consejeros de Estado, pero principalmente al duque de Feria, como jefe de su guardia, y recibió de ellos el juramento de custodiarle cumplidamente.

Habiendo convocado el lunes 19 á los consejos de sus reinos, dió cuenta á cada uno de ellos, en particular, de lo que habia sucedido, exponiéndoles que habia sido necesario y urgente obrar de esta manera, como lo sabrian en tiempo oportuno; y mandó á los secretarios diesen aviso á las provincias.

Los dichos cuatro hombres han hecho hasta el día 25 la guardia que despues ha sido confiada enteramente al señor Ruy Gómez, con seis caballeros para asistirle, que son el conde de Lerma, Don Juan de Mendoza, Don Gonzalo de Alarcon, Don Pedro Manrique, Don Bernardo Donarides y Don Juan Borja; dos de ellos estan de servicio cada día, ademas de los monteros de Espinosa.

Solo una habitacion llamada la Torre se ha dejado al príncipe, no tiene chimenea, las ventanas son muy altas, pequeñas, y con hierros. Las demas se dieron al señor Ruy Gómez, y para que desempeñase su cometido con mas comodidad, ha sido la voluntad de S. M. que lleve á ella su mujer.

Los motivos de esta resolucion los atribuye el mayor número ó á debilidad de cerebro en el príncipe, ó á

desesperacion por tener que vivir demasiado sujeto, habiéndose visto señales de que proyectaba salir de España; y se ha añadido que luego quería usurpar los reinos, dando muerte á su padre, con designio, dicen, de ir despues á Portugal, cuyo rey le favorecia, como tambien el cardenal, pasando de allí á Flándes. Con este objeto habia comprometido á gran número de personas verbalmente, pero sin confiar su secreto á ninguno, excepto, segun se cree, á Don Juan de Austria, para que le aclamase despues con toda su escuadra, y quizá tambien al marqués de Pescara. Hasta se cree que el rey ha sido advertido por uno de estos. Su Majestad no ha adoptado esta medida, sino despues de haber hecho rogar á Dios por espacio de cuatro meses lo ménos en todas las iglesias, que le inspirase y guiase.

Se ha quitado al príncipe toda su servidumbre y sus caballos, distribuyendo estos entre el rey, la reina, la princesa y Don Juan. Dícese que el duque de Feria debe ir por cuenta de los consejos fuera de la corte; y unos designan á Sevilla, otros á Italia, etc.

Madrid 26 de enero de 1568.

Carta del rey católico á Don Perafan de Rivera, duque de Alcalá, virey de Nápoles.

Habiendo dispuesto que la persona del serenísimo príncipe Don Carlos sea recogida, introduciendo un órden muy diferente en el modo de tratarle, servirle y conducirse con respecto á él; y siendo este cambio de la naturaleza que es, nos ha parecido á propósito hacérselo entender, con el objeto de que sapáis que lo que se ha hecho ha sido por una razon tan justa y causas tan urgentes, que nos hemos visto obligados á obrar de esta manera, y no hemos podido dejar de aceptar este medio; creyendo como creemos ciertamente, que será el mas conveniente y el mas propio, tanto para el servicio de Dios como para el del Estado, que hasta aquí se ha tenido en consideracion; y al cual se ha atendido como se hará en adelante, de lo que se os dará aviso oportuno, ó cuando sea necesario.

Madrid 22 de enero de 1568.

YO EL REY.

Es bueno consultar sobre este hecho, enteramente desfigurado por los libelistas contemporáneos y por los trágicos posteriores, la correspondencia de Torquevaux, embajador frances en España, en Raumer, *Cartas históricas sobre los siglos XVI y XVII*. Refiérese en ellas que Don Carlos manifestaba abiertamente el odio que tenia á su padre, hasta tal punto que su confesor le negó la absolucion; y que estaba envidioso de Don Juan de Austria, al que trató de asesinar.

Si se reflexiona que Felipe II tenia treinta y un años cuando se casó con la prometida de su hijo, aun niño, y que la princesa de Eboli era tuerta, no es ya posible admirar, como se acostumbra, la verdad histórica de Schiller y de los demas escritores que han tratado dramáticamente este asunto. Un arte adopta una falsa direccion cuando, sacrificando un mérito que le es propio, ejecuta lo que otro arte puede hacer con mayor perfeccion y facilidad y con sus medios peculiares. Así acontece con la poesía cuando quiere convertirse en historia; y en el caso práctico, fué necesario hacer dramáticamente de Don Carlos el tipo de la tolerancia y de la libertad, mientras era todo lo contrario.

Antes de Schiller, el Inglés Otway escribió en 1676 una tragedia sobre el mismo asunto. La accion empieza el dia mismo en que se celebran en Madrid las fiestas del matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia. El rey está celoso antes de poseerla; ella llora al amante que ha perdido. Felipe confia sus celos á Gómez, que los fomenta con la esperanza de sacar partido de ellos. Los dos amantes se encuentran, y Carlos con-

fiesa á la reina su amor, la que no le oculta el suyo; y presentándole la mano que aquel cubre de besos; « Amadme, le dice, príncipe generoso; pero conservad » pura vuestra llama: que vuestros deseos sean castos » á fin de que podamos algun dia encontrarnos sin » vergüenza en la morada celeste, cuando nos presen- » temos en ella sin que haya en nosotros mas que » alma y amor... ¡ Ah! ¿ Por qué estoy tan turbada? » Me siento muy débil; no puedo permanecer aquí » mas tiempo: temo el poder de tan dulce encanto, » y no tendria fuerzas para alejarme. »

El marqués de Posa es tambien en esta obra el amigo del infante; acompaña en union de Gómez y de Don Juan de Austria al rey, que se presenta en el tercer acto, exclamando: « ¡ Poderoso Dios! ¿ cómo » he podido excitar vuestra cólera hasta tal punto » que aflijáis mi ancianidad, despues de haber he- » cho próspera mi juventud? ¡ El incesto de una es- » posa con un hijo! ¡ Terrible pensamiento!... » Gómez, que ha asegurado haber visto á Carlos besar la mano de la reina, recibe órden de castigarla, y tambien al infante; pero el marqués de Posa toma su defensa y desafía al traidor que ataca la honra de ambos. Don Juan de Austria se une á él, pero no logra disipar las sospechas del monarca. Posa advierte al infante y á la reina del peligro que los amenaza, é Isabel contesta: « Como, ¿ está celoso? Esperaba que » tendria mas fe en mi virtud. Sus injustas sospechas » no tardaron mucho en declararse, pues comenzó á » manifestarlas el dia mismo de nuestro matrimonio, » antes de la noche que debia consumarlo. » Aconseja á Carlos marchar, pero él no quiere resignarse á ello. Apenas ha salido este, cuando aparece el rey, y encontrando á Posa con la reina, se enfurece, manda ponerla presa, y amenaza á la reina, la que le jura un odio eterno. En su consecuencia manda reducirla á prision; y cuando Carlos, que se presenta entónces, le pregunta por qué trata así á la reina, le hace tambien poner preso; pero Don Juan intercede por ellos. El infante dirige á su padre amargos cargos, le confiesa que ama á la reina, y hasta se alaba de ello. Indignado el rey manda que sea aquella desterrada; enterneciéndose despues la abraza, le jura que la ama, y le hace prometer no volver á ver á Carlos; despues sale, dejando al príncipe con la reina. Aquí hay una escena de amor.

Carlos se propone ir á Flándes, mas antes quiere ver á la reina. Vienen á prenderle de órden del rey; pero Don Juan se encarga de suspender la ejecucion del decreto. Penetra el infante en el aposento de la reina, fiándose en la princesa de Eboli que finge favorecerle. La reina le exige que tranquilice á su padre, y él lo promete; pero entretanto se adelanta hácia el aposento de ella. Prevenido Gómez por la princesa de Eboli, anuncia al rey que Carlos é Isabel están juntos. Aparece Posa, y el rey manda á Gómez darle muerte, lo que ejecuta; se le encuentran despachos para Flándes, que habia preparado en nombre del infante; y en este momento llega Carlos á pedir perdón á su padre, en presencia de la reina. Encolerizado el rey, contesta enseñándole los despachos y el cadáver de Posa; Carlos, desesperado, saca su espada, arrojándola despues lejos de sí. La reina quiere justificarle, Felipe se irrita, y concluye por mandar á la princesa de Eboli envenenar á Isabel, á fin de que expie sus culpas con grandes padecimientos.

En el quinto acto el rey manda á decir á la reina que Carlos la aguarda; pero cuando llega, se encuentra en los brazos del celoso monarca, que la dirige cargos é íntima que se prepare á morir: Isabel acepta su suerte, aunque protestando de su inocencia, y comienza á sentir los efectos del veneno. Entretanto la princesa de Eboli, mujer de Gómez, habia sido encontrada con Don Juan por su esposo, el cual la habia herido, y se presenta moribunda en la escena, revela los manejos de Gómez, la inocencia de la reina y espira.

En vano quiere el rey salvar á Isabel, que ha bebido ya el fatal veneno; á Carlos le fueron abiertas las venas, de modo que la escena es ensangrentada y mueren la una cerca del otro, mientras que el rey da de puñaladas á Gómez.

Estas muertes constituyen un desenlace desgraciado. Hay, sin embargo, mérito en los caracteres de Posa y de la princesa de Eboli, que el poeta alemán ha descrito magníficamente, aunque de una manera ideal. Schiller escribió su *Don Carlos* en Bauerbach, en medio de una vida de imaginacion y de trabajo, consolado por la amistad de madama Wollzogen, que le habia ofrecido aquel asilo. Puede verse una prueba de la disposicion lirica que le animaba en este pasaje de una carta dirigida á uno de sus amigos: « Con el fresco » de la mañana pienso en vos y en mi Carlos. Mi » alma contempla la naturaleza en un espejo brillante » y sin nubes, y me parece que mis ideas son la rea- » lidad. La poesia es una amistad entusiasta, un » amor platónico á una criatura de nuestra imagina- » cion. Un gran poeta debe ser capaz de experimentar » á lo ménos una grande amistad. Debemos ser los » amigos de nuestros héroes, pues debemos temblar, » obrar, llorar y desesperarnos con ellos. Así yo ha- » blo con Carlos en mis sueños; me paseo con él por » el campo; tiene el alma del Hamlet de Shakspeare, » la sangre y los nervios del Julio de Leisewitz; pero » recibe de mí la vida y el impulso. »

(U) pág. 314.

LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ.

« Los Católicos, hombres de odio y de cólera, dis- » puestos á cometer todas las violencias para sostener la supersticion contra la razon, no conociendo otro medio de evitar que la verdad se extendiese, concertaron una matanza universal de los disidentes en Francia; en lo cual marcharon de acuerdo el papa, Felipe II y Carlos IX. »

Así, poco mas ó ménos, se formulaba, en el siglo pasado, la historia del deplorable crimen ejecutado en la noche de San Bartolomé, y ofrecia un hermoso tema de declamaciones contra los reyes y los sacerdotes, dos poderes que locamente se confundian en la opinion de los filósofos.

Nuestro siglo, ménos analítico, es decir, ménos crédulo en cuanto á los asertos, y acostumbrado á pesar mas los hechos, ha debido naturalmente someter de nuevo al exámen estos dogmas volterrianos, conviniendo ante todo en que aquel acontecimiento es uno de los problemas mas adecuados para impulsar la historia al escepticismo.

¿ La matanza fué preparada y premeditada? ¿ Felipe II la aconsejó realmente á Carlos IX y á la reina Catalina, seis ó siete años antes de su ejecucion? ¿ Se concibió la idea de adormecer al partido protestante en la confianza y en la seguridad? ó bien, como lo pretenden los Católicos, ¿ fué el resultado de una sublevacion popular, de un motin pasajero, de una violencia que el rey sancionó con su autoridad, para satisfacer y saciar la venganza de la exasperada muchedumbre? Los contemporáneos están desacordes en todos los puntos.

Perefixe asegura que perecieron seis mil individuos: como obispo católico, no tenia interes en aumentar el número de los muertos. Sully, hugonote, lo hace ascender á setenta mil; De Thou, favorable á los filósofos opuestos á los Católicos, no cuenta mas que treinta mil muertos; la Popelinière los reduce á veinte mil; Papirio Masson á diez mil; el martirologio de los calvinistas á cinco mil; el abate Caveirac pretende que la lista fúnebre no pasó de dos mil. De este número, á setenta mil hay gran diferencia.

Respecto de la premeditacion no hay ménos oscuridad. Segun los primeros historiadores católicos, Pa-

pírio Masson y Camilo Capilupi, fué larga, constante, y estuvo muy oculta. Cuando Felipe II recibió la noticia de la matanza, manifestó grande alegría. Varios de sus cortesanos gritaban que el acontecimiento no era debido al rey de Francia, sino al pueblo, pues los calvinistas habian sucumbido á los inesperados golpes del furor popular; pero « á estas palabras (dice el embajador frances que refiere esta conversacion) el rey de España movió desdeñosamente la cabeza, burlándose del cortesano que habia emitido tal opinion, y declaró que atribuía evidentemente el castigo de los herejes á una estratagema concebida por la habilidad y sostenida por el poder de V. M. » Roma pensaba como Felipe II, en atencion á que Capilupi, caballero romano, publicó bajo el título de *Estratagema de Carlos IX, rey de Francia, contra los rebeldes hugonotes*, una relacion bien escrita de la conjuracion, de su ejecucion y de sus consecuencias, juzgándola una tragedia deplorable, pero necesaria y ordenada por el deber. Su libro está lleno de la política perversa que dominaba entónces en Italia y fuera de ella; y esta se manifiesta tan desnuda y tan negra, que los historiadores concienzudos sospecharon que los calvinistas habian hecho componer la obra en italiano para dañar al partido contrario.

El famoso latinista Mureto, á quien los humanistas apellidan nuevo Ciceron, pronunció ante el papa un elogio de la matanza; y trasladamos aquí el siguiente pasaje como prueba de la hinchazon que le era natural: « O noctem illam memorabilem et in fastis eximia alienis nota adjectione signandam, quæ paucorum seditiosorum interitu regem a presenti cædis periculo, regnum a perpetuo bellorum civilium formidine liberavit! Qua quidem noctes stellas equidem ipsas luxisse solito nitidius arbitror, et flumen Sequanam majores undas volvisse, quo citius illa impurorum hominum cadavera evolveret et exoneraret in mare. O felicissimam mulierem Catharinam, regi matrem, quæ cum tot annos admirabili prudentia parique sollicitudine regnum filio, filium regno conservasset, tum demum secure regnantem filium adspexit! O regis fratres ipsos quoque beatos! quorum alter cum, qua ætate ceteri vix adhuc armare incipiunt, ea ipse quater commisso prælio fraternos hostes fregisset ac fugasset, hujus quoque pulcherrimi facti præcipuam gloriam ad se potissimum voluit pertinere, alter, quamquam ætate nondum ad rem militarem idonea erat, tanta tamen est ad virtutem indole, ut neminem nisi fratrem in his rebus gerendis eoque animo sibi passurus fuerit anteponi. O diem denique illum plenum letitiæ et hilaritatis, quo tu, beatissime pater, hoc ad te nuncia allato, Deo immortalis et divo Ludovico regi, cujus hæc in ipso pervigilio evenerant, gratias acturus, indictas a te supplicationes pedestris obiisti! Quis optabilior ad te nuncios adferri poterat? aut nos ipsi quod feliciter optare poteramus principium pontificatus tui, quam ut primis illius mensibus tetram caliginem, quasi exorte sole, discussam cerneremus! » (T. I, p. 197, ed. Rubnken.)

El príncipe Francisco de Toscana escribia á Vasari, con fecha de 20 de noviembre de 1572, lo que sigue: « Nos alegramos de haber sabido, no solo vuestra llegada á Roma, sino tambien los favores que os ha dispensado Su Santidad, quien tiene razon en querer que aparezca en la sala de los reyes un acontecimiento tan santo y notable como fué la ejecucion contra los hugonotes en Francia. » Ap. GAYE II, CCCXI.

En 1817 se publicó una relacion del Tasso sobre las cosas de Francia, donde aprueba y alaba aquella mortandad.

Papirio Masson, el predicador Sorbin y la mayor parte de los escritores españoles se quejan de que no hubiera podido de una vez sofocarse toda la hoguera de la herejía; léjos de creer que perjudicaban la memoria de Carlos IX, pretendieron tributar homenaje.